

es peligrosa para los propios rio-platenses que se encontrarían con un instrumento deficiente y con el cual estarían tal vez disminuidos respecto a su vida de relación y a la expresión propia de su arte literario. Tal vez a esto se deba que aparte el empleo de algunos términos entre los cuales los hay maravillosamente pintorescos, todos los escritores argentinos y hasta algunos de los que predicán el evangelio del nuevo idioma nacional, escriben en un castellano que cada día tiende a depurarse más.

Creemos, también, que hay factores que crearán siempre los inevitables matices regionalistas, pero que de allí a la formación de un idioma,—no de una jerga naturalmente,—hay una distancia muy grande para recorrer en el tiempo y en el esfuerzo. Hay en todo idioma un momento de relativa cristalización que, si es verdad, puede redundar en estancamiento, contribuye a su perfección formal y estética; pero que esto no ocurre sino después de un largo tráfico. Cada día tiene que suceder con los idiomas lo que ocurre con las razas. Son menos puras, menos diferenciadas, se entrecruzan y mezclan tanto y de tal manera, hay tal tendencia a fusionarse entre ellas; de tal modo el factor económico incide para su compenetración, que, como está ocurriendo, el arco iris racial se acentúa. Con los idiomas ocurre otro tanto. Hay una continua tributación, una especie de cambio, de permuta, de usura recíprocas en cuanto a términos, a expresiones, a signos universalizadores. Es un fenómeno natural. Pero creer que en todos los pueblos en que ocurre un entrecruzamiento racial con cierta intensidad formarse un idioma nuevo, distinto, absolutamente peculiar con renuncia del que ya formado sirve para la comunicación entre los hombres, es quizás concurrir al **babelismo**.

Sin embargo, la labor hecha por los **argentinistas** del idioma tendrá siempre importancia y valor sustantivo, porque servirá, y está sirviendo, para recojer un abundantísimo **folklore** y para acusar los más variados matices de las influencias extranjeras y del poder de captación y de filtración idiomática y de todo orden, del nacional argentino y uruguayo. Por ello principalmente, son interesantes los folletos que comentamos. Creemos, además, que muchas de las expresiones—que no hay que confundir, con los modos o jiros, en una palabra con la estructura que es, a nuestro modo de ver, el lado flaco de la tesis—pueden contribuir al enriquecimiento expresivo del Castellano de América. Y esto ya es hacer una obra que merece el más grande estímulo.

Los folletos que hemos leído, y que en conjunto revelan variadísimos matices del argentinismo y del color local río-platense, son los siguientes:

Almanzor Medina: "Las falsas papilas de "La Lengua".—(Folleto N°. 5)—
Vicente Rossi: "Idioma Nacional Río-Platense"—Primera, Segunda, Tercera y Cuarta evidencia (Folletos Nos. 6, 7, 8 y 9).

J. G.

DOCUMENTOS DEL GRAN MARISCAL DON LUIS JOSE DE ORBEGOSO,
publicados por Luis Varela y Orbegoso (volumen III, documento 264).
— Lima, 1929. — Librería e Imprenta E. Moreno.

Luis Varela y Orbegoso que tan importantes servicios tiene prestados al estudio de la historia patria, no sólo con la revelación de documentos inéditos y de obras de importancia como lo fué la Historia del Perú del padre Anello Oliva, sino por su aportación original, ha publicado en este año el tercer volumen de los documentos del Gran Mariscal don Luis José de Orbegoso, su ilustre bisabuelo.

El volumen que comentamos contiene el "Diario" de la marcha que hizo el Presidente Orbegoso a los departamentos del sur y que iniciada en Lima el 11 de noviembre de 1834 terminó en Arequipa el 27 de febrero de 1835. El autor del jugosísimo Diario fué el Capellán del Presidente, Cura de Marcabal: don José María Blanco. El original existe en la Biblioteca Nacional de Quito, no se sabe por qué razón, donde la descubrió el erudito y laborioso Cristóbal de Gangotena Jijón, quien comunicó el hallazgo a Varela y Orbegoso. Copió con ejemplar cuidado tal manuscrito el doctor Arturo García Salazar, a la sazón en la capital ecuatoriana.

El Cura Blanco, por lo que transparente el Diario, era hombre curioso, avisado, de fácil y amena pluma, además, y tan solícito en sus apuntes, que en ese Diario más que un movido cuadro de la realidad política de ese entonces, nos muestra en estampas variadísimas escenas y costumbres típicas de todos los lugares del minucioso itinerario que siguió en su interesante viaje el Mariscal Orbegoso. Algo más aún. El Cura Blanco no se limitó a reflejar la actualidad que vivía, sino que recogió la historia, la leyenda y la idiosincrasia peculiar de todos los lugares que visitó, reuniendo en sus datos un riquísimo veneno de *folklore* que produce en quien lee su libro, — hoy en que tal documentación tiene una importancia capital en el estudio de la sociología y de la historia, — regocijo y asombro.

Este documento tiene, a mi modo de ver, una significación grandemente útil, precisamente por el aporte que representa desde el punto de vista del *folklore*. Todos los lugares visitados viven en las páginas del libro publicado por Varela, con sus genealogías filológicas y legendarias, labor que si hoy sería, calificadamente importante, para aquellos tiempos es mucho más meritorio, por cuanto aún, evidentemente, no se daba su verdadero lugar y asiento, a esa clase de revelaciones históricas populares. Costumbres, vestidos, diversiones, cantares, comidas, danzas, cuentos, leyendas, anécdotas, desfilan a los ojos del lector a cada instante. Todos los lugares están marcados por una breve y sustanciosa anotación histórica en la que nunca se descuida la interpretación de la toponimia. Los nombres indígenas están interpretados y traducidos con una minuciosidad y un perfeño que revelan al hombre realmente estudioso y enterado. Sólo este aspecto toponímico del Diario bastaría para ameritar el trabajo, que demuestra, además, una apreciable cultura histórica en el autor, que maneja los viejos textos de los cronistas y de los viajeros en relación con los lugares, amén de documentarse, en las fuentes mismas de cada pueblo como lo demuestra el color típico en las descripciones y el afán de verter a su significado español los nombres indígenas.

En el itinerario de lo publicado que no es todo el manuscrito, porque se requerirán dos volúmenes para tan nutrido Diario, aparecen San Pedro de los Chorrillos donde Orbegoso se encontró con el Mariscal Necochea, la hacienda Villa donde lo alojó don Juan Bautista de Lavalley, Lurín, Chilca, Bujama, San Antonio, Mala, Asia, Cerro Azul, Montalván donde se encontró con el gran O'Higgins, Cañete, ciudad con la que comienza ya la acotación histórica del diarista y después una serie de publicitos pintorescos hasta llegar a Huancavelica, sobre la que acumula el autor una serie variada y rica de datos. Muy detallado en todo este recorrido, anuncia ya el propósito de recoger cuanto de interés histórico y legendario encierran los lugares visitados. Son vivaces y coloreadas las descripciones de los agasajos que el Mariscal recibe, reveladores de hábitos típicos y lugareñas costumbres entre las que hay algunas realmente curiosísimas. De Arequipa a Ayacucho hay también una detallada descripción de los pueblillos y caseríos del tránsito. La descripción de la histórica Huamanga acusa para entonces una ciudad de importancia, en la que re-

zumba aún el recio vaho colonial. Las pequeñas monografías históricas de que está lleno el Diario del Cura Blanco tienen un espécimen ininteresante en la que inserta de Ayacucho. Luego pasan aldeas, haciendas, caseríos hasta Andahuaylas y Abancay.

Lo más importante, tal vez, del libro está en la rica descripción del departamento del Cuzco y muy especialmente de la gran ciudad imperial. Nombres de lugares, viejos versos de los **harabicus** con sus traducciones, costumbres, ropajes, fiestas, supersticiones, expresiones populares y familiares, datos estadísticos, anécdotas, chismes lugareños, danzas, comidas, bebidas, informaciones históricas; todo lo relativo al Cuzco es interesantísimo en esta parte del Diario de viaje que llega hasta la gran capital de los Incas. Tan rico en datos folklóricos, es que —para muestra un botón— habiendo investigado nosotros no poco para encontrar la explicación del por qué a los vigilantes del orden público se les llamó durante mucho tiempo con el término de **cachacos** y para lo cual recurrimos a Juan de Arona y a otras fuentes, sin lograr nuestro deseo; lo hemos logrado con el Diario del Cura de Marcabal que, sin quererlo, nos ha dado la clave. En aquellos tiempos aún no se daba el nombre de **cachacos** a los encapados y serenos que instituyó en nuestra vida urbana el Virrey Amat. El remoquete les vino mucho después y hasta hace muy poco era el usado por la jerga popular que ya lo está olvidando por la ley de la sustitución que ha reemplazado tal nombre por otro, también de genealogía indígena: **huayruros**. Por lo que dice Blanco se comprende ue a los serenos los rebautizaron de **cachacos**. Esta palabra significa, según él, **cosa que infunde terror** y así eran llamados en el Cuzco los padres Beletmitas y Juendedianos. El Sereno, el Celador, el **Cachaco**, en una palabra, fué, muy especialmente para los muchachos, una especie de Coco. Y como esta explicación hemos encontrado muchísimas otras, por la acuciosa fineza del Curita que acota su relación de viaje con la explicación toponímica o con la versión de los remoquetes de personas y lugares.

Aparte, pues, como hemos dicho, del valor que como itinerario geográfico e histórico tiene, el manuscrito que acaba de publicar Luis Varela y Orbe-goso es valiosísimo por el aporte que representa para nuestro riquísimo **folklore**. Además, no obstante la gravedad con que el Diario está hecho, asoma de cuando en cuando cierta pícara socarronería que el buen Curita no disimula cuando algo le merece una burla o un desdén.

El segundo volumen será, estamos seguros, tan interesante como el que ligeramente comentamos.

J. G.

OBRAS CIENTÍFICAS DEL DR. EDMUNDO ESCOMEL.—LIMA-PERU.—

Talleres gráficos Torres Aguirre.—1929.—Dos tomos.

Lujosamente impresa, con una portada a tres tintas, obra del dibujante Morey, y con no pocos grabados intercalados en el texto, han aparecido editados en la Imprenta Torres Aguirre dos Tomos de las **obras científicas** del Dr. Edmundo Escomel, Rector de la Universidad de Arequipa. Son dos grandes volúmenes reveladores de la intensa labor y del espíritu estudioso del Dr. Escomel, uno de los hombres que más ha contribuido al conocimiento y difu-